

FLORENCIA
CANALE
Bastarda

*Manuela Sáenz, amor y
desmesura de Simón Bolívar*

Novela  Planeta

FLORENCIA CANALE

Bastarda

*Manuela Sáenz, amor y
desmesura de Simón Bolívar*



Planeta

PRIMERA PARTE

Hija de nadie

CAPÍTULO

I

Joaquina no se sentía bien. Hacía semanas que su tripa le anunciaba que iba a parir pero el asunto no terminaba de suceder. Le faltaba el aire, no podía respirar, se había olvidado cómo se hacía. Estaba embarazada, claro, y de Simón Sáenz, quién otro.

Desde que habían cruzado pareceres en su casa, una tromba apasionada había dado cuenta de ellos. Cabalgaban juntos y en cuanto se alejaban un poco del jaleo de la ciudad, ella se cruzaba de monta y ahí, esquivando el peligro, le desabotonaba el pantalón y daban rienda suelta a la urgencia. Ni siquiera con el arribo de la esposa a Quito la furia sexual había menguado. Joaquina y Simón encontraban tiempo y espacio para quererse.

Era un rumor a voces. La sociedad quiteña miraba de soslayo a la hija de Aizpuru pero ella estiraba el pescuezo y sonreía. *Ninguna de estas viejas debe haber sentido ni una gota del placer que me trago; lo que me envidian, ya quisieran vivir mi vida,* mascullaba Joaquina y reía como loca.

Hasta que llegó el día en el que su cuerpo le advirtió que estaba encinta y se vio obligada a quitarse el *corset*.

—Hija mía, ya es suficiente. No has querido escucharme cuando te he pedido que por lo menos guardaras las formas con Sáenz. No me has sido fácil, Joaquina, pero un embarazo ya es demasiado para varearlo por las calles de la ciudad —imploró don Mateo.

Bastarda

—Sabes que te quiero más que a nada en el mundo, padre mío —Joaquina lo rodeó en un abrazo. —Hija tuya soy, me has alentado a ser esta que llevo con esmero. Me quedaría en Quito a desafiar a cualquiera, incluso a Dios si hiciera falta, pero no busco hacerte mal.

—No digas eso, mi Joaquina, no provoques al cielo por favor. Múdate a la finca, ve a dar a luz a Catahuango y luego vemos qué hacemos con la criatura.

—¿Quieres que me esconda?

—No es eso, m'hija querida.

Y Joaquina hizo caso al pedido de su padre. Junto a su hermana y un séquito de criadas partió rumbo al sur de Quito, a los altos de Amaguaña, a la finca de Catahuango, propiedad de la familia, enclavada en las cercanías de las lomas de Puengasí.

En los primeros días del afincamiento en la nueva morada, Sáenz, cuando sus responsabilidades se lo permitían, visitaba a su amada.

—Vienes poco, Simón —le reclamaba.

—Hago lo que puedo, Joaquina —respondía.

—Me hace falta más.

—Pero estás lejos y tengo una vida en Quito.

—Me he venido hasta aquí para cuidarte.

—Y yo te lo agradezco.

—Pues que me lo agradezca tu esposa.

—Juana sabe todo.

—¡Denme las gracias por no haber incendiado la ciudad!

Sáenz intentaba calmarla pero era difícil. Joaquina estaba perturbada, demasiado. Faltaba poco para la fecha y se sentía sola. Toda la seguridad que había ostentado en sus 30 años se le escapaba como el agua entre los dedos.

Y el 27 de diciembre de 1797 se quitó la cobija de encima de un manotazo, corrió el mosquitero y, como pudo, se

levantó de la cama. Estaba sola en sus habitaciones. Casi no había dormido. Tenía calor, estaba empapada, la camisa de dormir pegada a su cuerpo. Las piernas se le aflojaron y cayó al piso. Arrancó fuerzas de las entrañas y llamó a su hermana.

—Ay, Joaquina, me parece que estás al parir —gritó Ignacia al verla en el suelo. La ayudó a levantarse y reclamó a las criadas.

En pocos segundos, las habitaciones de la parturienta se transformaron en un ir y venir de mujeres con vasijas de agua hirviendo, cobijas frescas y alcanfor. Joaquina había roto aguas, su cama estaba anegada.

Fueron horas interminables de trabajo de parto. La comadrona dirigía la faena, ordenaba al resto de las sirvientas, e Ignacia andaba atenta al lado de su hermana, cuidándole cada movimiento. Hasta que una niña diminuta, cubierta de sangre y a los gritos, anunció que arribaba a este mundo. Una Joaquina desfalleciente pidió que se la pusieran así, sucia y tibia, sobre su pecho.

—Mi niña, hija mía, mi protectora —la sostenía y lloraba. —Se llamará Manuela, te aviso Ignacia. Ese es el nombre que le he elegido.

—Claro, mi querida. En cuanto te pongas en pie la bautizamos —señaló su hermana, también empapada en lágrimas.

Joaquina besaba a su hija y sollozaba. La quería fuerte como ella, decidida a todo. Había nacido fuera de las normas de la sociedad, para el mundo era una bastarda, para ella, nadie más legítima que su Manuela.

* * *

Doña Juana bordaba en la esquina de la sala. Allí donde pegaba el sol le era más fácil la labor de la aguja sobre el

Bastarda

lino, que luego se transformaría en una batita para su bebé. Estaba embarazada de poco más de tres meses del quinto hijo de Simón. Y como el resto de sus embarazos, lo llevaba de maravillas. Le habían contado infinidad de veces acerca del malestar constante cuando se estaba encinta, pero esta no había sido su experiencia.

Simón entró con paso decidido a despedirse de su esposa. Le buscó los ojos pero Juana siguió con la atención puesta en su bordado.

—Salgo querida, mis menesteres me llaman —intentó Sáenz con voz suave, era raro que Juana lo ignorara.

La señora suspiró y miró por la ventana que daba a la calle. La residencia de los Sáenz y Del Campo estaba emplazada en una de las calles que hacían ángulo con la Plaza Mayor. Esta era derecha, amplia, pero a las tres cuerdas empezaba la imperfección de las subidas y bajadas, por lo que era difícil la entrada de carruajes. Sin embargo, los paseantes gustaban de caminar por aquella zona y era bastante habitual la invasión de risotadas callejeras a través de los ventanales de la casa. Juana fijó, al fin, sus ojos en la cara de su marido.

—¿Necesitas algo de afuera, mi amor? —le preguntó Sáenz. —Puedes pedirle a uno de los criados que te acompañe con un *quita sol*¹, o si te cansas demasiado, con una silla de manos.

—No estoy cansada, Simón —y no pudo disimular la angustia que la embargaba.

El hombre apoyó los papeles que traía sobre la mesa de arrimo y se sentó frente a su esposa.

¹ Así se les decía a las sombrillas.

—Pero algo traes, Juana. ¿Seguimos con el miedo a los temblores? Ya te he dicho que aquello ya pasó, que no tienes de qué preocuparte.

El 4 de febrero de 1797, un terremoto brutal había destruido una gran porción del territorio ecuatoriano. Aquella mañana de invierno amaneció demasiado oscura, como si anunciara el espanto. Entre las 7 y las 8, y de la nada, un desafortado temblor que duró cinco minutos afectó a la sierra central y a una infinidad de localidades aledañas. La ciudad de Riobamba había quedado prácticamente borrada de la faz de la tierra, al igual que otros poblados. Como era domingo, muchos murieron sepultados bajo el derrumbe de las iglesias. Algunos salieron disparados y salvaron sus vidas, pero la muerte alcanzó a más de cuarenta mil personas. El camino de San Antonio, que vinculaba la zona del terremoto con la presidencia de Quito, había quedado destruido. Y en esta ciudad, las torres de la Catedral, Santo Domingo, La Merced y San Agustín se desbarataron. Una gran cantidad de edificios públicos y otras tantas casas quedaron cuarteadas.

Después de unos días de la catástrofe empezaron a llegar los informes oficiales de los corregidores del distrito intentando descubrir las razones: que había venido del lado de Pichincha, que había empezado lento pero apurado tanto su movimiento, que no se había visto en Quito nada igual ni más largo, que poco después del temblor había hecho un estruendo que denotaba erupción y que se había temido repetición, que todos los cerros habían vomitado fuego, lava y lodo hediondo, que el cerro de Igualata se había abierto en cinco partes, despidiendo por sus bocas llamaradas y ríos de barro. Los movimientos se replicaron durante meses, pero nunca con aquel fragor inicial.

Bastarda

Y a las conmociones de la naturaleza se le agregó el levantamiento de los indios en la sierra central, alegando que los volcanes de Tungurahua, de donde procedía el estrago, les habían dado aquellas tierras a sus antepasados. Y adorando a los volcanes como si fueran dioses, habían tratado de eliminar a los españoles que se habían escapado de la ruina general.

El presidente de Quito, Muñoz de Guzmán, había intentado apaciguar las aguas pero desde el ostracismo de El Quinche. El temor por las réplicas y el miedo a la gresca indígena lo mantuvo agazapado en el campo. Le rendía honores al flamante Virrey de Nueva Granada, don Pedro Mendinueta, pero mejor desde lejos. Fue así que tomó el mando de Quito don Lucas Muñoz y Cubero, y le dio comienzo a la reconstrucción del derrumbe generalizado.

Juana había arribado a Quito poco antes del temblor. La felicidad había sido completa con el reencuentro. Había extrañado a su esposo. De buenas a primeras, un día le llegó la misiva que la reclamaba y nada la detuvo, aprestó a sus hijos y viajó rumbo al edén: los brazos de Simón Sáenz. Sin embargo, al poco tiempo nada fue como había esperado. La ilusión se derritió como la nieve en primavera. Su marido le había sido esquivo, algo había cambiado entre ellos. De inmediato se dio cuenta de que andaba en un amorío. Sin aspavientos averiguó quién era la intrusa. Y para peor, después llegaron el terremoto y el miedo.

—Está dando a luz esa mujer, si no lo ha hecho ya —Juana fue directo al grano, con la mirada fija en los gestos de su esposo.

Sáenz se quedó de una pieza. Jamás habían hablado de Joaquina, nunca la habían nombrado, sin embargo, en ese

momento, supo que ella lo sabía. No hacía falta decir más, estaba todo dicho en la cara de Juana.

—Querida mía... —amagó Simón sin saber cómo seguir.

Juana atajó el llanto. Ya había derramado demasiadas lágrimas cuando su marido no estaba en casa. Sus ojos, sin embargo, la delataron.

—Lo sé todo, Simón.

—No te mereces tanto dolor. Y he sido yo quien te lo ha provocado, no tengo perdón —y la tomó de las manos, buscando contención.

La dama aflojó el gesto pero prefirió el silencio.

* * *

Un criado había cabalgado como flecha rumbo a la ciudad para avisar que doña Joaquina había dado a luz. Don Mateo y Domingo se aprestaron en el coche y marcharon hacia Catahuango.

Domingo ayudó a su padre a que descendiera del carruaje, el patriarca tenía 80 años. Ayudado por su bastón, don Mateo caminó erguido hacia la casa. No tenía paciencia, quería saber cómo se encontraba su hija dilecta.

—Buenas y santas, niña —saludó Aizpuru al entrar a la alcoba donde reposaba Joaquina.

Recostada y más pálida que nunca, su hija hizo un esfuerzo por sonreírle. Ignacia, que custodiaba a Joaquina, se incorporó de inmediato e intentó ayudar a su padre. Don Mateo la detuvo con la mano y ocupó la silla que estaba a la vera de la cama.

—He dado a luz ayer, tiene que conocer a Manuela, padre —se esforzó Joaquina, no se sentía bien.

Bastarda

—Así que Manuela, pues que me la traigan entonces —ordenó Aizpuru y escrutó a Joaquina. —¿Cómo se encuentra, hija mía?

Joaquina se puso a llorar. No podía manejar sus emociones, estaba feliz porque al fin le había visto la cara a su pequeña pero el cuerpo no le respondía como ella hubiera querido. Estaba débil, la fuerza que la había caracterizado todos aquellos años ya no la encontraba. Ignacia le había jurado que tenía que aguantar, que su naturaleza le sería devuelta en unos días, que no debía enojarse y mucho menos ponerse triste, que la tristeza estaba prohibida en ese momento de gloria, a pesar de las inclemencias de la realidad. Eso significaba que era madre y estaba sola, no había marido, mirarían a su Manuelita como a una apestada, como la peste misma.

—Un poco débil pero ya sanaré, padre. Solo necesito que apruebe a mi niñita —susurró Joaquina. —Es el fruto del amor, nada puede salir mal, ¿no es cierto?

En ese momento entró la nana con la criatura en brazos, envuelta en una cobija. Don Mateo la observó unos segundos y volvió la atención a su hija. Domingo cuchicheaba con Ignacia en la otra punta del dormitorio. La discusión versaba alrededor de los destinos de la niña.

—Hay que bautizarla.

—Joaquina no está en condiciones de levantarse, ni mucho menos.

—Pues esta es una decisión que tomamos nosotros, Ignacia.

—El nombre ha sido elegido.

—Entonces mañana salimos al alba, nosotros y la niña, a la parroquia del pueblo y la bautizaré yo. Nadie se opondrá, ¿estamos de acuerdo?

Al caer la tarde llegó el médico. Joaquina volaba de fiebre y se le había quitado el hambre. El galeno intentó calmar la zozobra de la familia y ordenó que le colocaran unas compresas a la parturienta y le dieran agua de beber. Y que de seguro en unos días se restablecería. Agradecieron la visita, muchas gracias, doctor, y lo despidieron. Ignacia le preparó un caldo de gallina, verduras y especias, y la obligó a comer.

A las primeras horas del día, Domingo, Ignacia y la criatura envuelta partieron rumbo a la parroquia. El padre Aizpuru saludó a los clérigos y anunció lo que venía. Nadie preguntó nada, prepararon todo debajo del altar. Ignacia se acercó a la pira bautismal, desarropó a la niña y se la ofreció a su hermano. Mientras tanto, el escribiente aguardaba presto para apuntar el acta de bautismo en los libros.

—El 29 de diciembre de 1797 bautizo solemnemente a Manuela, nacida dos días antes, una criatura espuria cuyos padres no son nombrados... —inició Domingo y sintió el juicio de su hermana. Con suavidad, arrojó unas gotas sobre la carita de la niña, quien lo miró, como si nada, con sus ojos negros. —Yo te bautizo en el nombre de Dios, Hijo y de la Divina Gracia.

Ignacia besó a Manuelita y la volvió a arropar. Temía que se largara a llorar. Pero nada más alejado. La pequeña tenía los ojos abiertos como monedas, miraba a su alrededor como si tuviera mil años.

Volvieron a la hacienda, le transmitieron lo que habían hecho a su padre y él consintió. Joaquina nunca supo la verdad. A los días dejó de vivir. El parto la había debilitado por completo. Su cuerpo se infectó con fiebre puerperal y no hubo nada que hacer.

Algunas de las criadas de Catahuango murmuraron con pavora que la Manuelita era hija del temblor. Intentaron toda

Bastarda

suerte de rituales para que la niña se quitara de encima el sino de la naturaleza.

* * *

Sáenz cumplió con el reclamo de la misiva que había recibido en el Cabildo. La familia Aizpuru lo esperaba en su casa. No ahondaban en los motivos de la cita pero intuía de qué se trataba. Se anunció y lo hicieron pasar al despacho de don Mateo, allí lo aguardaban el señor y sus dos hijos, de riguroso luto. El gesto de todos era demasiado adusto.

—Buenas tardes, Simón. Tome asiento, por favor —lo convidó Ignacia, parca. Aquella amistad que ostentaran hacía un tiempo, ya no parecía la misma.

—Gracias, doña Ignacia. Buenas tardes, caballeros —respondió el invitado y se sentó erguido, a la espera del disparo.

—Como usted sabrá, y si no es así es hora de que se entere, mi hija ha muerto —los ojos de Aizpuru parecían dos atizadores a punto de hundirse en el fuego. —Y ha dejado descendencia.

Simón hizo un esfuerzo por permanecer quieto. La voz cavernosa del hombre grande lo inquietó y, escucharlo hablar de la muerte de Joaquina, fue como una amenaza velada. Como si él fuera el culpable de la enfermedad que se había llevado a la señora al más allá. Y ahora lo único que quedaba era el fruto de aquel vientre vejado.

—Mi más sentido pésame, señor. Y lo extendiendo a vosotros, Ignacia, Domingo —y miró a cada uno.

—Lo hemos convocado solamente a usted por el asunto de la hija de Joaquina. Y suya —dijo Ignacia, escrutándolo. —Le hemos hecho esa deferencia para no incomodar a doña Juana.

—Mi esposa está al tanto.

—Ah, pero mire usted —retrucó la dama de negro. —¿Y qué dice, si se puede saber?

—Por favor, Ignacia, ya está —quiso calmarla su hermano.

El aire se cortaba con navaja. El único que no escondía su tristeza era don Mateo. La muerte de su hija lo había destrozado.

—A ver, Sáenz, las cosas claras. Nosotros no podemos criar a esa niña, ¿y ustedes? ¿Podrán encargarse de Manuela? —aguijoneó Ignacia conociendo la respuesta de antemano. Ese hombre le había destruido la vida a su familia.

—Doña Ignacia...

Simón solo atinó a murmurar. Pensó en Juana y se le arrugó el corazón. No podía pedirle semejante cosa. La bondad de su esposa era inmensa pero era un despropósito ponerla en semejante situación. Hacer que la hija de la lujuria, el producto del más absoluto libertinaje de un hombre ladino, él mismo, compartiera hogar con la santa de Juana y los ángeles de sus hijos era un acto de una vileza inconmensurable. Juana no se merecía el testimonio de su costado más mezquino.

—Terminemos de una buena vez, por la memoria de Joaquina, al menos —intervino Domingo y se cruzó de brazos. —La entregaremos a unas monjas para que la críen, pero necesitamos una suma de dinero. Doy por sentado que estamos todos de acuerdo.

—Claro que sí, estimado. Me haré cargo del monto, lo que me pidan me parece bien —afirmó Simón. —Mañana mismo se los acerco.

Los dueños de casa dieron por terminada la reunión. Sáenz se incorporó y buscó a doña Ignacia con la vista. Debía retirarse pero sentía la urgencia de conocer a su hija.

Bastarda

—Sígame, Sáenz. Lo acompaño a la puerta —le ordenó Ignacia.

Salieron del despacho y en vez de dirigirse a la salida, fueron hasta la alcoba que alojaba a la pequeña.

—Ella es Manuela.

Simón se acercó a la criada que la sostenía en brazos. Se detuvo y la miró durante unos segundos. Le recordó a Joaquina, un aluvión de pena lo cubrió. La niña se chupaba un dedo con fruición.

—Cuando despunte el sol venga usted o envíe a un emisario con las monedas. Lo estaremos esperando —dijo Ignacia y volvió a cerrar la puerta.

A la mañana siguiente, Domingo lideró la marcha hasta el Real Monasterio de la Limpia Concepción², situado en las cercanías de la casa, en la esquina noroeste³ de la Plaza Grande. Aquella casa de Dios, el primer monasterio de clausura de Quito, se había fundado en 1577. En sus inicios, su emplazamiento había sido señalado como un desatino por parte de la jerarquía eclesiástica, debido a la cercanía con el centro comercial y político. Se cuchicheaba que aquello podía poner en jaque el recogimiento fundamental del claustro. Sin embargo, nada detuvo la construcción y el convento femenino se erigió gracias al aporte de las cofradías que contribuyeron al armado de uno de los mejores templos de la Audiencia de Quito.

Domingo ya había hablado con sor Buenaventura, la madre superiora, y los estaba esperando. Los hermanos Aizpuru y la pequeña Manuela franquearon el portal y allí, con el hábito blanco, el manto azul y el velo negro los aguardaba la

² Hoy conocida como Iglesia y Convento de la Inmaculada Concepción.

³ En la actualidad, las calles Chile y García Moreno.

superiora. Domingo le extendió la bolsa con el dinero y la Madre apenas movió la cabeza. Al instante, una novicia apareció por uno de los costados. Ignacia le entregó el bulto cubierto por cobijas. Allí debajo, Manuela se largó a llorar como nunca. Las religiosas pegaron la vuelta, los Aizpuru salieron en silencio, como habían entrado. El llanto de la niña resonaba en la inmensidad de la iglesia.